

FANTASÍAS CON EL CELLO

Los frutos de la melancolía

–¡BUENAS, BUENAS!

–¡*Per tutti i Santi*, cayó piedra sin llover! Ya me decía yo, quien se va no siendo echado vuelven sin que lo llamen.

–Ninguna rosca en especial como para alejarme mi estimado, problemas de mochila que ya no resultan tan fáciles de llevar.

–Yo que usted la alivianaría, como para que la relación entre continente y contenido no le juegue en contra. De paso no deje de verlo desde la óptica del medio vaso lleno.

–¿En qué sentido?

–Aunque la carga parezca pesada, es preferible eso a estar atrapado en los odiosos embrollos de los humanos que se me hacen agotadores.

–Sin duda, felizmente mis enrosques son mayormente musicales.

–¡Qué bueno!, por acá también los hay y en abundancia.

–Felices ustedes.

–¿Hay alguno en especial?

–Me tiene totalmente cautivado la sonata para piano y cello en Sol menor, de Sergéi Rajmáninov.

–Como para no. Para mi gusto es una de las mejores piezas para cello que se hayan escrito. Es increíble la maestría con que combina pasión y lirismo, en esa garbosa melancolía.

–Y qué logrado están los diálogos instrumentales!

–Es un derroche de genialidad, poder trasladar lo emocional a lo intelectual para producir algo notablemente distinto.

–Incluso lo de cuatro movimientos, es bastante inusual para el género.

–Tres secciones no eran suficientes para tantas ideas musicales.

–Puede ser.

–Rajmáninov consideraba que ambos instrumentos eran igualmente importantes; verá usted que, aunque muchos de los temas son presentados por el violonchelo luego son engalanados y desarrollados por el piano.

–Lo extraño es que no gravite tanto en los repertorios de concierto.

–Ocurre que la sonata fue eclipsada por el éxito rotundo de su segundo Concierto para piano.

–¡Otra preciosidad!

–Le cuento que al amigo Sergéi lo conozco bastante.

–¡No me diga!

–Él era muy afecto al Cello, sus pocas obras de cámara fueron compuestas para nuestra cuerda, o para trío con el instrumento. Se sentía fascinado por ese timbre tan nostálgico.

–Se identificaba.

–Hubo algo de eso.

–Me cuentan que esta sonata terminó siendo la última obra de cámara escrita por él.

–Es cierto, de ahí en adelante, solo compondrá piezas para piano, obras corales o composiciones orquestales.

–Leí que la pieza estuvo dedicada a Anatoliy Brandukov, quien la interpretó junto con Sergéi por primera vez en Moscú a fines de 1901.

–Brandukov fue un gran amigo del compositor a punto tal de ser el padrino de aquella boda bastante peliaguda.

–¡DESEMBUCHANDO *PER FAVORE!*

–El casamiento con Natalia Satina en mayo de 1902, se concretó después de 3 años de estar comprometidos puesto que, al ser primos, el matrimonio estaba prohibido a raíz de una ley impuesta por la Iglesia ortodoxa rusa.

–¿Y entonces?

–Para gambetearla, la pareja se valió de los antecedentes militares de la familia y organizó una pequeña ceremonia en la capilla de un cuartel en los suburbios de Moscú con la presencia de Aleksandr Ziloti, primo de Sergei y consumado pianista; y por supuesto el mentado Anatoliy.

–¡Bravo!

–De regalo recibieron la más pequeña de dos ca-

sas localizadas en la finca Ivanovka, pero por cuestiones laborales se establecieron en Moscú, donde nacieron las dos hijas, Irina y Tatiana.

—¿Cómo sería eso de los antecedentes militares?

—La familia Rajmáninov tenía su prosapia. Su padre, Vasili era un oficial del ejército y pianista aficionado casado con Liubov Butakova, hija de un adinerado general del ejército que le cedió cinco propiedades como parte de su dote. De los 6 hijos, Sergéi fue el cuarto.

—Circula la versión que Rajmáninov era una persona apesadumbrada, por *default*.

—Motivos no le faltaban.

—¿El exilio seguramente?

—Digamos que eso contribuyó bastante, pero los sacudones arrancaron mucho antes.

—¿Qué tanto?

—Varias abolladuras. Según sus propios relatos, el padre dejaba mucho que desear “jugador compulsivo, mentiroso patológico y cazador de faldas”.

—¿Tan así?

—Casi premonitorio. Cuando tenía 10 años su hermana Sofía murió de difteria y Vasili abandonó a la familia dejando San Petersburgo para trasladarse a Moscú.

—Sablazos por partida doble.

—Por suerte su abuela materna colaboró mucho en la crianza de los niños incluso la educación religiosa. Sergéi descubrió así los cantos litúrgicos y campanas de iglesia, que luego incorporaría en sus partituras.

—Una buena por lo menos.

—Lamentablemente dos años después falleció de anemia perniciosa su hermana Yelena, quien lo había introducido en las obras de Tchaikovsky.

—Demasiado dolor para un joven.

—Totalmente a punto tal que la madre temía que abandonara los estudios musicales.

—¿Entonces?

—Se puso en contacto con su sobrino Aleksandr Ziloti, que inmediatamente le recomendó la ida al Conservatorio de Moscú para recibir lecciones del gran Nikolái Zvérev. De este modo se inició un período de grandes aprendizajes y de paso consiguió trabar amistad con Aleksandr Skriabin.

—El amigo del alma.

—Por cierto. Fueron tres años bastante bien encauzados y durante las vacaciones de 1890 completó su primer concierto para piano.

—¡Bien por él!

—A medias, ¿puede creer que contrajo malaria?

—Encima no existían buenos tratamientos por aquel entonces.

—Felizmente se recuperó bien y para fines de ese año aprobó sus exámenes de teoría y composición.

—El muchacho se va consolidando.

—En efecto.

—¿Cómo le cayó el fallecimiento de Tchaicovsky?

—La noticia lo turbó sobremanera, algunos sostienen que su *Trio élégiaque* #2 podría haber sido un tributo a su admirado maestro.

—Por lo que se cuenta se trató de un período muy duro para Sergéi.

—Años oscuros. El fiasco de su Primera Sinfonía basada en los cánticos eclesiásticos fue demoledor.

—Me han comentado que un crítico llegó incluso a compararla con una representación de las Diez plagas de Egipto.

—Horrendo. A veces uno se pregunta cómo es posible que a los seres humanos les resulte hasta casi natural rebajarse a tanta maldad.

—Batimos nuestros propios récords.

—La obra no volvió a ser interpretada durante el resto de su vida y el maestro se sumió en una profunda depresión que prácticamente bloqueó su capacidad creativa.

—¿Y cómo lo superó?

—Tratando de reavivar la veta compositiva, se presentó una tía que concertó una visita con León Tolstói, a quien Rajmáninov admiraba mucho.

—Una palabra autorizada y reconfortante.

—Lamentablemente no hubo nada de eso, más bien un agrio y aplastante desaliento.

—¿Cosas veredes Sancho que no crederes!

—Pero la señora no se dio por vencida y volvió a la carga.

—¿Convocando a algún otro artista?

—¡Desaprobado señor! La ayuda provino de un profesional de la medicina.

—Perdón, perdón, torpe de mí. Rajmáninov fue asistido por el Dr. Dahl.

—¡Correcto!

—Ahora que recuerdo en los comienzos de 1900, estuvo sometido a sesiones de hipnoterapia y psicoterapia diarias, estructuradas para mejorar sus patrones de sueño, estado de ánimo y apetito.

—Bien dice, a punto de reavivar sus ideas musicales por lo que al año siguiente terminó de componer el Concierto para piano #2, dedicado precisamente al galeno.

—Si claro, fue un exitazo y encima se hizo merecedor del premio Glinka.

—La sonata que hablábamos al principio pertenece a ese período y poco después escribe las variaciones sobre un tema de Chopin.

—¡Bien reestablecido el muchacho!

—Desde luego. Sumado a ello en 1904, lo designan director de orquesta del Teatro Bolshói.

—Tiene razón, pero no lo veo a Sergéi manejándose con los crecientes malestares sociales y políticos de esa época.

—Como dicen ustedes no tenía cintura para conducirse con las protestas de los artistas y el personal del teatro, por lo que en 1906 presentó su renuncia.

—¿Habrá tenido un plan B?

—Sergéi ya era una figura conocida, y sentía una particular atracción por Dresde que le ofrecía un ambiente musical tan vibrante como abundante en oportunidades.

—¡Y allá vamos!

—Se quedaron hasta 1909, aunque los episodios de depresión no lo abandonaron.

—Uno anda siempre con lo puesto, *caro amico*.

—Aun así, comenzó a trabajar en su segunda Sinfonía, la cual fue estrenada a principios de 1908, que le valió su segundo Premio Glinka y mil rublos en contante.

—¡Qué obra tan lograda! El adagio es para mi gusto una de las piezas más hermosas de todo el repertorio sinfónico

—Coincidió en que la sinfonía alcanza un clímax emocional en ese movimiento, el motivo llevado por el primer violín es extremadamente romántico.

—¿Sabía que Rajmáninov fue dirigido por Gustav Mahler?

—En Estados Unidos si no me equivoco.

—Así es, en la segunda interpretación del Concierto para piano #3 a cargo de la Sinfónica de Nueva York con el compositor como solista.

—Momentos inigualables de la gran Música.

—Ya querría uno haber estado allí

—A medida que estas noticias iban llegando a Rusia sus detractores empezaron a verlo con otros ojos, obviamente.

—La vieja historia donde esa odiosa envidia se trastoca en admiración .

—Algo de eso debe haberse producido, puesto que fue nombrado director permanente de la Sociedad Filarmónica de Moscú en 1911.

—Imaginemos la siguiente escena: "Un grande Sergéi, yo lo dije desde un primer momento, pero ustedes no me creían".

—Sin embargo, se desligó de tales funciones al año siguiente, al enterarse que habían despedido a un músico por su condición de judío.

—¡No tenía ese dato, más grande aún mi respeto por él!

—Cierto es que el maestro necesitaba una tranquilidad muy difícil de conseguir en la Rusia de aquel tiempo y decide pasar un tiempo en Roma.

—¿Familia incluida?

—El cuarteto se movía en bloque. Estando allí recibió una traducción del poema de Allan Poe "Las Campanas", que lo llevaría a componer su sinfonía coral.

—Estancia fructífera entonces.

—Pero el dulce terminó agriado.

—¿No más desgracias, por favor?

—Pasó rozando. Sus hijas contrajeron fiebre tifoidea y decidió que fueran atendidas en Berlín.

—Entendible allí imperaba el gran legado bacteriológico de Koch por lo que habrán estado en mejores condiciones de asistencia.

—Se me hace que sí, unas 6 semanas después, la familia regresó a Moscú y sobre finales de 1913 dirigió el estreno de Las Campanas en San Petersburgo.

—Pienso que, con el estallido de la guerra en 1914, el horno no habrá estado para bollos.

—A no dudarlo y como si fuera poco en abril de 1915 fallece Skriabin.

—Claro, a causa de ello Rajmáninov realizó una gira de recitales de piano dedicada a las composiciones de su amigo.

—Y también recaudar fondos para la viuda, que atravesaba problemas económicos.

—Si no me equivoco, Rajmáninov organizó además recitales en ayuda de los soldados que habían estado en el frente de guerra.

—Exacto, uno de ellos coincidió con la revolución de febrero de 1917 en San Petersburgo.

—Ahora que lo dice, recuerdo que poco después se produce la confiscación de la finca Ivanovka, la cual pasó a ser propiedad comunal y finalmente quedó abandonada.

—El mundo de Sergéi se desbarrancaba inexorablemente.

—¡Sin vuelta atrás!

—La tensión política en octubre de aquel año hizo

que el compositor mantuviera a su familia casi encerrada mientras él participaba en una cooperativa en el edificio que habitaban, asistía a las reuniones de comités y realizaba tareas de guardia civil durante la noche.

—¿Fue en ese tiempo que lo invitan los escandinavos?

—Efectivamente la oferta tenía que ver con una serie de recitales, que le permitió obtener los permisos para salir del país con su familia. Partieron con lo que podían acarrear en sus pequeñas maletas, y unos cuadernos con bocetos de futuras composiciones.

—A arreglárselas como mejor se podía.

—¿Qué le parece! Pasaron por Helsinki, tras ello Estocolmo y luego Copenhague. Endeudado y necesitado de dinero, los conciertos paliaban las necesidades.

—¿Él ya había recibido ofertas de Estados Unidos?

—Por supuesto y si bien sabía que era una gran oportunidad, le preocupaba que apenas conocía el país.

—Pongamos en la balanza la ventaja económica y el buen pasar de la familia.

—Eso era fundamental para Sergéi y finalmente embarcaron en Oslo. Su llegada a Nueva York en noviembre de 1918 convocó a una multitud de músicos, artistas y seguidores.

—Tengo el dato que para esa época contrajo la gripe española.

—¡No me diga!, este hombre era un verdadero coleccionista de infortunios.

—Afortunadamente se repuso bien como para hacer frente a todos los conciertos que tenía programados.

—Allí su situación financiera cambia ostensiblemente y la familia tuvo una vida de clase media acomodada.

—El tan aguardado respiro.

—Los Rajmáninov recrearon la atmósfera de su Ivanovka, con invitados y asistentes rusos a fin de preservar las costumbres del país.

—Pero había algo dentro suyo que no terminaba de cerrar.

—Sergéi disfrutaba del estatus de un hombre de mundo muy reconocido pero su historia lo importunaba mucho.

—Si uno repasa su producción en el período que va desde su llegada a Estados Unidos hasta su muerte, verá usted que con excepción de algunas revisiones de piezas anteriores solo llegó a completar seis nuevas obras.

—Hay una declaración suya donde admite que, al abandonar Rusia, “dejé atrás mi deseo de componer, al

perder mi país, me perdí también a mí mismo”.

—No conozco a nadie que haya salido ileso del exilio.

—El siempre buscó de fortalecer los lazos con quienes seguían viviendo en Rusia. Incluso tenía un acuerdo con su banco para enviar dinero y paquetes de comida regularmente a sus familiares, amigos, estudiantes y personas necesitadas.

—Se dice que unos años después estuvo decidido a visitar su país.

—Si, pero el viaje se malogró debido a una cirugía por fuertes cefaleas que finalmente se resolvieron en el sillón del odontólogo

—Corríjame si me equivoco, no fue por esos años que firmó contrato con RCA Víctor.

—Para bien de los melómanos... Hay una anécdota muy graciosa en ocasión de las giras europeas efectuadas en los primeros años de esa década.

—¡Todo oídos!

—Alquiló un vagón de tren que estaba equipado con un piano y pertenencias para ahorrar tiempo en esto de hacer y deshacer equipajes.

—Gran fastidio, muy entendible.

—Recién en 1926 tuvo una tregua para completar el Concierto para piano #4, y las Tres canciones rusas, dedicadas a Leopold Stokowski.

—Lo unía una gran amistad con su coterráneo Vladimir Horowitz, firme defensor de las obras de Rajmáninov.

—El propio Sergéi dijo una vez tras la ejecución de su tercer concierto para piano a cargo de Vladimir: “Esta es la forma en la que siempre soñé que debería tocarse mi concierto, pero nunca esperé escucharla así en la Tierra”.

—Un Señor.

—Y esa necesidad del reencuentro con algo de su historia, a punto de que pasó varios veranos en Francia a fin de reunirse con compañeros rusos también emigrados.

—¡Qué notable!

—Como un intento de rememorar aquellos días en su Ivanovka construyó una casa cerca de Lucerna, donde pasaría bastante tiempo a menudo con una familia que ahora incluía nietos... lo más querido de su vida.

—¿No fue allí completó su Rapsodia sobre un tema de Paganini y la tercera sinfonía?

—Dice bien, signo de que se había recobrado de otro trago bien amargo.

—¿Cuál de los tantos?

—En 1931, Rajmáninov firmó con otros compatriotas un artículo aparecido en el NY Times donde se criticaban las políticas culturales de la Unión Soviética.

—¿Tiene razón!, lo declararon el gran traidor y su música sufrió un boicot en toda Rusia como resultado del violento contrataque de la prensa soviética.

—Acusó recibo porque un tiempo después comienza a manifestarse una preocupante artritis.

—Un fantasma muy temido para cualquier músico, sé que inclusive viajó a Francia para someterse a una cura con aguas termales.

—¿Se habla que Rajmáninov tenía una enfermedad de los huesos?

—El tamaño y la delgadez de las manos hizo que algunos médicos pensarán en la existencia del síndrome de Marfan, aunque no presentaba ninguna de las otras características clínicas como la escoliosis, *pectus excavatum* y complicaciones oculares o cardíacas.

—Listo.

—No termina allí. Otros colegas armaron el diagnóstico de acromegalia, por ciertos rasgos faciales toscos.

—¿Qué afectos son ustedes a esos enrosques!

Los médicos no suelen ser tan ligeros de arriar un diagnóstico.

—¿Con lo cual?

—El hecho que haya tenido síndrome del túnel carpiano e inflamación de las manos podrían haber sido fenómenos asociados con la acromegalia.

—O sólo tenía manos grandes y San se acabó. ¿Será posible que a todo tienen que ponerle un nombre!

—La música también está repleta de designaciones, pero dejémoslo ahí; es preferible seguir hablando del querido Sergéi.

—Sí por supuesto... El temor por una escalada bélica, su estado anímico y las nanas físicas hicieron que los ciclos de conciertos entre 1939 y 1940 fuesen más abreviados, mayoritariamente concentrados en Estados Unidos.

—¿Pero participó del Festival Internacional de Música de Lucerna en agosto de 1939?

—Ese fue precisamente su último concierto en Europa, unos días después, viajó a París donde se produjo lo que sería el último encuentro con toda la familia.

—¿Nuevamente el horror de la guerra!

—Rajmáninov donó los ingresos de muchos conciertos al ejército ruso que tenía que vérselas contra la invasión alemana.

—Me parece que, de regreso en Estados Unidos, actuó con la Orquesta de Filadelfia bajo la batuta del gran Eugene Ormandy.

—Así fue, pero el maestro ya no estaba para tantos trotes y pasó el verano de 1940 descansando en una finca en Long Island, durante el cual completó su última pieza las Danzas sinfónicas.

—Se que el médico le recomendó el traslado a un clima menos riguroso, lumbalgia, hipertensión arterial y persistentes cefaleas.

—A principios de 1942, el matrimonio decide mudarse a California, en Beverly Hills. La casa estaba cerca de la vivienda de Horowitz, quien solía visitarlo para interpretar duetos de piano con él.

—¿Sin audiencia alguna, *per carità!*

—El puro disfrute de dos virtuosos exilados

—Todo un mimo de la vida.

—A mediados de ese año, informó que la próxima temporada de conciertos sería la última.

—De alguna manera entreveía su final.

—En febrero de 1942 efectuaron un viaje breve a Nueva York ya que él y su esposa estaban entre las 220 personas naturalizadas como ciudadanos estadounidenses.

—Tengo entendido que en ese año su salud experimentó un quebrantamiento paulatino y al regresar a California le diagnosticaron un melanoma.

—Así es, sacando fuerzas de no sé dónde dio sus tres últimos conciertos durante febrero de 1943.

—¿Casi al borde de su partida piense que falleció el 28 de marzo cuatro días antes de cumplir setenta años!

—Sin palabras. Unos días después del deceso arribó un mensaje de varios compositores de Moscú que no llegaría a leer.

—Su terruño.

—Tan así que, en su testamento, había expresado el deseo de ser enterrado en el cementerio Novodévichi de Moscú, donde descansaban Skriabin, Tanéyev y Chéjov.

—¿Por supuesto!

—No se pudo concretar su última voluntad porque era ciudadano estadounidense.

—¿Y en su lugar?

—Primero el funeral en la iglesia ortodoxa rusa de la Santísima Virgen María en Silver Lake y luego la sepultura en el Kensico Cemetery de Nueva York.

—*Requiem aeternam dona ei Domine.*

—*Et lux perpetua luceat ei.*

—A pesar de su gran veta melódica, muchos consi-

deraron a Rajmáninov como un desfasado a la luz de las transformaciones de su tiempo.

–Muy a gusto con el romanticismo supo decir “*me siento como un fantasma que vaga por un mundo extraño*”.

–Hay muchas personas que deambulan por estas tierras en calidad de polizón. Diría que es el destino casi inexorable de quienes no encajan con los estereotipos determinados por el *establishment*.

–Ese zapato le calzaba muy bien.

–A la perfección, poco importaba que fuese un excelente esposo y padre, amigo fiel, honesto, talentoso y empático con su entorno... no era políticamente correcto.

–Digo yo, si en el mundo se imitaran estos testimonios habría menos necesidades revolucionarias.

–Tengo la misma impresión.

–Felizmente con el paso de los años su imagen fue ocupando el sitio que verdaderamente le correspondía.

–Nada como la muerte para mejorar a la gente, sostenía Borges.

–Por acá lo tenemos bastante en cuenta en el repertorio de conciertos.

–¡Un acto de justicia, escuchar a Rajmáninov estimula y sienta bien!

–Su historia también es un ejemplo de vida.

–¿A qué se refiere específicamente?

–A pesar de estar atravesado por tantas desventuras consigue erguirse y hacer que sus ideas se vuelvan realidad.

–Todos deberíamos tenerlo en cuenta, a la hora de realizar lo que nos compete.

–Por lo pronto me abocaré a ensayar esa bella sonata.

–De mi parte tengo una pila de publicaciones para revisar.

–Recuerde que nosotros seguimos estando en el mismo lugar.

–Juro por la música que lo visitaré más temprano que tarde.

–Si así no fuera que le crezca la nariz como a Pinocho.

–¡Palabra de humano, *a presto!*

–¡*Sursum corda!*

OSCAR BOTTASSO